

Fernando Orduz*

Di-versas diversiones sobre el humor y la risa

Perdonen que no me levante.
Epitafio sugerido por Groucho Marx

Algo hay en el humor, en el chiste, en la risa, que ronda por la idea de la subversión. Subvertir tiene la connotación de reevaluar las normas que dan razón de ser a un orden institucional. Ello puede entenderse bajo la idea de romper esquemas, criticar el *status quo* del establecimiento, replantear paradigmas. Pero también podría pensarse otra forma de enunciación: *sub-versión* (haciendo énfasis en la separación del prefijo *sub* y de la raíz *versión*), lo cual da un matiz diferente, connotando una significación de menor grado: una versión *sub* se refiere, por ejemplo, a un subcampeón, a un subdesarrollo, en las que el prefijo *sub* denota un menor valor.

En la Grecia clásica, Platón no fue muy amante de la risa. Aunque reconoce en la risa un placer, al mismo tiempo afirma que la risa es obscena, transgresora de la armonía, de la integridad y de la conciencia social. Por ello, atañe solo a los locos, bufones, viles y esclavos.

Aristóteles, por el contrario, pareciera hacer un reconocimiento de ella en el segundo tomo de la *Poética*, libro del cual la historia nos quedó debiendo su existencia y que sirve de acontecimiento para la novela *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco (1980/1984), cuya trama radica

en que Jorge de Burgos, un monje ciego del siglo XIV, esconde el tomo segundo de la *Poética*, en el cual el Estagirita hace un reconocimiento a la comedia como fuente de conocimiento. Esta obra es considerada peligrosa por Jorge de Burgos precisamente porque pondría la risa como un elemento de igual valor para la vida que la dimensión trágica, validada en el primer tomo de la *Poética*.

Lo trágico ha tomado en nuestra milenaria historia occidental una especie de dimensión sublime de la experiencia humana, en detrimento de la comedia, que pareciera tener una connotación más mundana o de menor valía.

Por el otro lado del origen de nuestra historia, la cultura judeo-cristiana tiene una narrativa trágica, y los relatos del Antiguo Testamento dan cuenta del drama de su existencia: desde el vil asesinato fratricida hasta la idolatría del sufrimiento de un hombre en la cruz. La Iglesia condenó la risa desde el siglo IV, la prohibió en el templo y planteó que Cristo nunca había reído.

En la novela de Eco (1980/1984), el monje ciego califica demoníacamente la risa:

La risa es la debilidad, la corrupción, la insipidez de nuestra carne, algo inferior [...]. Pero aquí (indicando el libro prohibido) aquí se invierte la función de la risa, se la eleva a arte, se le abre las puertas al mundo de los doctos [...] este libro

Teresita Ana Milán plantea en “El sentido común del buen humor” el humor en el análisis como indicador de acontecimiento significativo. Para ello, Milán presenta varias viñetas clínicas y encuentra que al buscar ejemplos de situaciones clínicas en las que ha utilizado el humor, se le aparecían en primer lugar situaciones con contenidos sexuales, lo que la lleva a preguntarse: ¿será que la sexualidad aún sigue siendo algo espinoso de tratar “en serio”?

Eva Tucherman recoge en “*Setting* bien humorado” la perspectiva freudiana del psicoanálisis y el humor cosidos con un hilo inquebrantable. Tucherman ilustra con una viñeta clínica el uso del humor para desarmar las defensas y generar así encuentros bien humorados que equivalen a la transformación obtenida por el *reverie* propuesto por Bion.

Antonio Velásquez Convers parte en “El humor en el análisis y el análisis del humor” de las primeras ideas económicas de Freud respecto al ahorro de energía psíquica del humor. Velásquez destaca la perspectiva comunicativa del humor, una comunicación que, al interior del vínculo analítico y con un buen manejo del *timing*, se convierte en una fuerte herramienta analítica.

María del Carmen Ramos sostiene en “El humor en el diván” que la interpretación humorística permite tolerar mejor los afectos displacenteros, sin negarlos, convirtiendo un momento de tensión y desencuentro en una posibilidad de vínculo e *insight*. Ramos ejemplifica el uso del sentido del humor dirigiéndolo hacia ella misma, produciendo un efecto inmediato en las personas en análisis al posibilitar una transformación de las emociones negativas que estaban envolviendo la relación en ese momento.

Carlos Brück nos dice en “Saber hacer/hacer saber” que el humor es un recurso precioso para identificar y para confinar la angustia que emerge de las profundidades del aparato psíquico. Brück destaca que el humor no tiene ninguna relación con la frivolidad o la falta de

consideración por los afectos de la persona en análisis; muy por el contrario, denota un entendimiento sutil de la necesidad de aligerar, en lugar de solemnizar, las palabras del analizando.

Daniel Rodríguez nos muestra en “El humor y su lugar en la cultura actual” las conexiones del humor en diferentes ámbitos comunitarios. Rodríguez ubica un cambio de perspectiva que modifica en los seres humanos una versión previa de los hechos en la relación del humor con el pensamiento crítico. La resiliencia y el arte son también ámbitos en los que explora la ocurrencia del humor, acompañando o precediendo procesos de cambio.

Andrés Rascovsky describe en “Sobre el humor” los múltiples efectos de la capacidad humana para generar el humor. Rascovsky recomienda a los psicoanalistas (“arqueólogos del trauma, especialistas en el sufrir oculto y continentes de proyecciones potencialmente tóxicas”) aventurarse en las tierras de la alegría y de la visión jocosa, y ejercer así una perspectiva que nos restituya el atrevimiento necesario para enfrentar el diario ejercicio clínico.

Referencias

Freud, S. (1988). El humor. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21, pp. 153-162). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1927).

Szabó, D. (s. f.). *Humor y psicoanálisis: Un asunto serio*. Disponible en: <https://www.apuruguay.org/sites/default/files/el-humor-szabo.pdf>

* Sociedad Colombiana de Psicoanálisis.

podría enseñar que liberarse del miedo al diablo es un acto de sabiduría [...]. La risa distrae del miedo. Pero la ley se impone a través del miedo, cuyo verdadero nombre es temor de Dios. Y de este libro podría saltar la chispa luciferina que encendería un nuevo incendio por todo el mundo; y la risa sería el nuevo arte, capaz de aniquilar el miedo. (pp. 485-486)

En una concepción de mundo habitada por la censura y la represión según la cual se controla con base en la inducción del temor y se sublima la vía del dolor y el sufrimiento, la risa termina siendo una forma condenable de expresión al omitir el camino doloroso y punitivo.

Si la risa elude la represión, minimizar su valor sería la segunda línea de defensa, una especie de derivación de la negación que restaría valor a aquello que lo cómico logra evidenciar. Los elementos asociados a lo cómico tendrán entonces una connotación de fealdad, banalidad o ridiculidad. Aristóteles (trad. en 1974) decía benévola que: “Lo risible es un defecto y una fealdad que no causa dolor ni ruina” (p. 142).

La comicidad no encuentra valor en un mundo de ideales tejidos entre la razón estoica y el sufrimiento católico, cabría perfectamente decir que el humor o el chiste no son tomados en serio por este tipo de universo.

El cómico nos ofrece un lente de la realidad que no refleja lo que el narcisismo del espejo plano anhela, un cómico da una mirada a través de un lente curvo (cóncavo o convexo) que trastoca las formas originales de la realidad. Ello conlleva a una configuración desmesurada o exagerada; en la comedia, esto es un signo. El lente curvo que el cómico nos presta para ver la realidad podría dejarnos frente a dimensiones grotescas, monstruosas, satíricas. Lo cómico no tendría lugar en lo conforme; si algo es conforme, no provoca risa.

No obstante, la deformación también podría generar horror. Hay una deformación que al hacer sentido, provoca risa, mientras que si la deformación no logra ser contenida por una forma de expresión que abrigue un sentido,

no dejará frente al horror. Este apareamiento de humor y de horror podría llevarnos a un terreno común: la angustia.

Desde el punto de vista de la técnica analítica, el humor sería una forma de apaciguar los contenidos psíquicos que en su origen producirían angustia. No en balde Freud (1928/1988) pensaba el humor como una acción benevolente del superyó frente al yo: “[El humor] quiere decirnos: ‘¡Véanlo: ese es el mundo que te parece tan peligroso! ¡Un juego de niños, bueno nada más que para bromear sobre él!’” (p. 162).

La risa permite que la agresión diluya su efecto mortífero; si no existiera, el efecto destructivo de la agresión nos dejaría en un estado de amargura permanente. La emergencia de la risa es la significación de un ahorro de energía psíquica que por el camino de la vía dolorosa de la angustia o el sufrimiento no hace sino una perpetuación masoquista de una mismidad repetitiva.

El humor al interior del tratamiento analítico podría ser el indicio de un cambio de sentido, de una transformación del contenido inconsciente. El llanto del sufriente pareciera señalar una manifestación dolorosa de algo que sigue estando ahí sin posibilidad de transformación.

Referencias

Aristóteles (trad. en 1974). *Poética*. Madrid: Gredos. (Obra original del siglo IV a. C.).

Eco, H. (1984). *El nombre de la rosa*. Bogotá: Círculo de Lectores. (Trabajo original publicado en 1980).

Freud, S. (1988). El humor. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1928).

Agustina Fernández*

Humor en análisis

No todos los hombres son capaces de la actitud humorística, es un don precioso y raro, muchos son hasta incapaces de gozar del placer humorístico que se les ofrece.

Freud, 1927

Freud lo advierte: la posibilidad del humor no es para todos. Se requiere cierta plasticidad subjetiva para soportar el *como si* que desmiente un trozo de realidad –aunque más no fuese por un rato– y habilita el triunfo del placer.

Numerosos trabajos en el campo del psicoanálisis se han dedicado a estudiar el entramado común, las delimitaciones y, fundamentalmente, las diferencias de lo cómico, el chiste y el humor (Freud, 1905/1990b; Lacan, 1958/2016; Yampey, 1980; Abadi, 1982; Alizade, 1983; De Soldati, 2017). Nos abocamos aquí al humor en la clínica, acto psíquico que despega al sujeto de la alienación que tenía en el síntoma, lo acerca a la verdad y lo pacifica.

La clave se ubica en ese nudo entre el humor y lo serio. Soltar por un rato la realidad, no tomarla tan en serio para que el humor tenga oportunidad de surgir. Frente al peligro o a la culpa, ese mágico “no va en serio del humor” es liberador (Abadi, 1982).

La *actitud humorística* (Freud, 1927/1990c) implica una posición subjetiva frente a la vida –y a la muerte–, de cierta liviandad, libertad, creatividad. El narcisismo ubica al sujeto en el centro de la escena, le ahorra sentimientos dolorosos y eleva la ganancia de placer. En los

términos de la segunda tópica, el Yo se presenta seductor, incluso provocador, y el Superyó habilita el recreo, da permiso. El Superyó, heredero de las instancias parentales y de las identificaciones del complejo de Edipo, trata al Yo como los progenitores trataban al niño, le concede el lugar de *his Majesty, the baby* ante quien cesan “las leyes de la naturaleza y la sociedad” (Freud, 1914/1990d, p. 88). Esta versión benévola del Superyó, pacificante, se ubica en la línea identificatoria con el padre en tanto simbólico (Lacan, 1957/1996). Habilita al sujeto, relativiza certezas y releva al deseo de culpa.

No todos los hombres son capaces del placer humorístico. Para algunos, la vida es tan seria que no les está permitido reír. Reír del drama sería burlarse de la desgracia (Freud, 1917 [1915]/1990a). En lo que se refiere a las “investiduras del Superyó”, por su rigidez y severidad, no concilian bien con el humor la neurosis obsesiva, la paranoia (Campalans Pereda, 1994) y, agregaríamos, la melancolía.

Hasta aquí, los beneficios, casi una propaganda: *tómese la vida con humor*. Se impone advertir: no todo humor. La colocación de la libido en el Yo “preserva de enfermar” (Freud, 1914/1990d, p. 82), mientras no sobrepase cierta medida. La salud se asienta en una lógica de no-excesos. Desprenderse por completo del principio de realidad precipitaría en manía. Es necesario que esa posición subjetiva opositora ante el ímpetu de lo Real concilie con la castración.

* Asociación Psicoanalítica Argentina.